

# Manuela

Eugenio Diaz Castro



# Manuela

Eugenio Diaz Castro

São Paulo – 2016



## Sumário

TOMO PRIMEIRO.....	8
Capítulo I.....	10
La posada de Mal-Abrigo.....	
Capítulo II.....	20
La parroquia.....	
Capítulo III.....	31
El cura.....	
Capítulo IV.....	38
El lavadero.....	
Capítulo V.....	47
El trapiche del retiro.....	
Capítulo VI.....	59
La lámina.....	
Capítulo VII.....	69
Expedición a la montaña.....	
Capítulo VIII.....	81
La casa de un ciudadano.....	
Capítulo IX.....	93
Lecciones de baile.....	
Capítulo X.....	107
Dos visitas.....	
Capítulo XI.....	128
El mercado.....	
Capítulo XII.....	139
La Esmeralda.....	
Capítulo XIII.....	153
Revolución.....	
Capítulo XIV.....	173
Lo que puede el amor.....	
Capítulo XV.....	189
Junta de notables.....	
Capítulo XVI.....	195

El asilo en la montaña.....	.....
Capítulo XVII.....	213
Cambio de ministerio.....	.....
Capítulo XVIII.....	226
La fuga.....	.....
Capítulo XIX.....	241
Los carteros.....	.....
TOMO SEGUNDO.....	262
Capítulo XX.....	264
Ambalema.....	.....
Capítulo XXI.....	291
Las confidencias.....	.....
Capítulo XXII.....	303
La octava de Corpus.....	.....
Capítulo XXIII.....	314
El angelito.....	.....
Capítulo XXIV.....	332
El San Juan.....	.....
Capítulo XXV.....	356
Resultados del San Juan.....	.....
Capítulo XXVI.....	374
La tumba de Rosa.....	.....
Capítulo XXVII.....	384
Cacería de cafuches.....	.....
Capítulo XXVIII.....	403
El nazareno.....	.....
Capítulo XXIX.....	419
El archivo de don Tadeo.....	.....
Capítulo XXX.....	436
Don Demóstenes.....	.....
Capítulo XXXI.....	443
Manuela.....	.....

TOMO  
PRIMEIRO



## Capítulo 1

### *La posada de Mal-Abrigo*

Eran las seis de la tarde, y a la luz del crepúsculo se alcanzaba a divisar por debajo de las ramas de un corpulento guásimo, una choza sombreada por cuatro matas de plátano que la superaban en altura. En una enramada que tocaba casi el suelo con sus alares, se veía una hoguera, y alrededor algunas personas y un espectro de perro, flaco y abatido sobre sus patas.

Al frente de la enramada acababa de detener su mula viajera un caballero que entraba al patio, seguido de su criado, y de un arriero que conducía una carga de baúles. Del centro de este segundo grupo salió una voz que decía:

-¡Buenas noches les dé Dios!

-Para servirle, contestaron los de la enramada.

-¿Que si nos dan posada?

-La casa es corta, pero se acomodarán como se pueda. Entren para más adentro.

-¡Dios se lo pague!, contestó el arriero, comenzando, a aflojarla carga de la jadeante mula.

El caballero se desmontó y tendiendo su pellón colorado sobre un grueso tronco sustentado por estacas y emparejado con tierra, se sentó, mientras el arriero, desenjalmaba y recogía el aparejo, y el criado arrimaba las maletas contra la negra y hendida pared de la choza. Salió de la cocina una mujer con enaguas azules y camisa blanca, en cuyo rostro brillaban sus ojos bajo unas pobladas cejas, como lámparas bajo los arcos de un templo oscuro; y dirigiéndose al viajero, le dijo:

-¿Por qué no entra?

-Muchas gracias... ¡está su casa tan oscura!

-¿No trae vela?

-¿Vela yo?

-Pues vela, porque la que hay aquí, quién sabe dónde la puso mi mamá; y a obscuras no la topo. Y si la dejan por ahí, ¡harto dejarán los ratones! ¡Conque se comen los cabos de los machetes, y hasta nos muerden de noche! Pero si tiene tantica paciencia voy a sacar luz para buscarla.

Ya tenían arrimados los baúles los compañeros del viajero, cuando salió la casera de la cocina con un bagazo encendido. El bagazo seco y deshilachado (la vela de los pobres), era como una hoguera, y a su luz brillantísima pudo nuestro viajero examinar la mezquina fachada de la choza y la figura de la patrona. Era ésta de talle delgado y recto, de agradable rostro y pies largos y enjutos; sus modales tenían soltura y un garbo natural, como lo tienen los de todas las hijas de nuestras tierras bajas.

-Cuando la vela, con gran pesar de los ratones, estuvo alumbrando la salita, los criados introdujeron los trastos; y sobre la cama que el paje había formado con el pellón y las ruanas, se recostó el viajero fumando su cigarro, y lamentándose, por intervalos, del cansancio y del estropeo.

-¡Hombre, José! ¡qué caminos!, decía a su criado que ya se había recostado también sobre la enjalma, ¡si tú vieras los de los Estados Unidos! ¡Y las posadas de allá; eso todavía! Estoy todo desarmado aquí donde tú me ves. ¡Qué saltos! ¡qué atolladeros! No creía llegar vivo a esta magnífica posada.

-Y en esas tierras que su merced mienta, ¿no son caminos provinciales y nacionales como los nuestros?

-¿Como éstos? Allá va volando uno en un tren que lleva todas la comodidades de la vida civilizada.

-Pero la Pólvara en que su merced bajó el monte es superior para los viajes. Tiene un paso trochado, y un modo de bajar los escalones, y de atravesar los sorbederos!.... Y recuerde su merced que un mero día desde Bogotá hasta aquí.

-¡Un día! Allá hubiéramos hecho en una hora esta misma jornada, y no a saltos y barquinazos, como tú dices, sino acostado sobre

cojines.

-¿Conque qué tal le va?, preguntó el arriero a su patrón, entrando a colgar los cabezales de las bestias.

-Ya puedes suponer..., y tú, ¿de dónde vienes?

-De manear las mulas y esconderlas; porque como dice el dicho, «más vale contarles las costillas que los pasos.» Y por lo que hace a mi acomodo, yo en cualquier parte quedo bien.

Pienso dormir debajo del llar sobre la enjalma, porque adentro no cabríamos los tres, con ñua Estefana, su familia y sus cluecas.

-¿Y por qué se te ocurrió llamar posada a esta choza y hacerme pernoctar en ella?

-¿Y en qué otra parte? ¡Sólo que en la casa grande de la Soledad!... Su merced me dijo que las casas grandes tenían sus inconvenientes para pasar la noche.

-¡Pero si aquí ni cabemos siquiera! En fin... una mala noche pronto se pasa. Saca un libro del maletón, José.

Y tomando el segundo tomo de Los Misterios de París que le trajo su criado, empezó a leer en voz alta, mientras su perro y su arriero dormían a sus pies. El perro de Terranova, que respondía al nombre de Ayacucho, no había hecho el menor caso de los largos y destemplados

aullidos con que lo había recibido el moribundo gozque de la choza; y éste viendo el profundo desprecio de su huésped, y que, gordo como estaba, más se curaba de dormir que de comer, dejó de temer la rivalidad y volvió a acostarse cerca del fogón.

Acababa de bostezar el viajero, viendo en su reloj de oro que eran las ocho, cuando entró la joven casera de paso para su alcoba.

-¿Y qué hay del cafecito?, le preguntó el viajero.

-¿Cuál cafecito?, le contestó ella con la más franca admiración.

-El de mi cena.

-¿Luego usted cena?

-Por de contado.

-¿Trajo de qué hacerle? ¿Tiene algo en esos baúles?

-Sí: los libros y la ropa.

-¿Eso merienda, pues?

-No, lo que tú me prepares.

-¿Y si no hay nada?

-¿Cómo?

-Que en estos caminos hay que llevar de comer, porque no se encuentran las cosas al gusto de los pasajeros.

-¡Yo no acostumbro cargar nada de comida, mi hija!

-Pues entonces, aguante.

-¿Y llevando cóndores?

-¿Qué son cóndores?

-Monedas de oro del valor de doce pesos y medio.

-¿Y con qué pagábamos tantos trueques? ¡Ni con todo lo que tenemos en el rancho! ¡Ave

María!

-¿Y entonces, me dejas morir de hambre después de criado? ¡Tú que siendo tan buena moza, no debes ser inhumana!... ¿Cómo te llamas?

-Rosa, una criada suya.

-Y mucho menos siendo la reina de las flores.

-¡Nada!

-¿Y no te compadeces?

-Sólo que se conforme con lo que hay.

-De mil amores.

Continuó leyendo el viajero, mientras Rosa se fue a reanimar el fuego, tomando nuevas y urgentes providencias, poseída de sentimientos humanitarios, y de algo más, porque el viajero le inspiraba un si es no es de cariño.

Iba el lector en un pasaje interesante cuando fue interrumpido por Rosa, la que poniendo un pie en el extremo de la barbacoa, levantó el otro con destreza y agilidad, para alcanzar a cortar un pedazo de carne de la pieza que colgaba de una vara suspendida con cuerdas del lecho, y con la necesaria interposición de totumas y tarros que garantizan de ratones. Si al viajero había parecido Rosa, dándole posada, una mujer

bondadosa, ahora, suspendida de un pie en la punta de una barbacoa, los brazos alzados y el cuerpo lanzado en el aire, advirtió que era elegante de cuerpo, y en aquella postura, y recordando que estaba ocupada en su servicio, le pareció el ángel del socorro.

-¿Siempre me favorecerás, Rosa?, le dijo.

-¿No ve? ¡para su cena!... dijo mostrándole el pedazo de carne, y dando un salto ágilmente,

corrió a la cocina. Continuó la lectura durante otra hora; y cuando los bostezos del amo, del criado y del perro, se respondían como el eco en las bóvedas de tina cueva, entró Rosa con una servilleta del tamaño de un pañuelo, a tenderla sobre una cajita, cerca de un baúl, y el viajero le preguntó:

-¿Qué noticias tenemos, Rosa?

-¿No ve ya la mesa puesta?

-¡Bien, bien! Si es el primer repique, procura que no tarden los otros dos.

-Aflójese tantico, si está apretado. ¿Y quién le manda ser descuidado y darse mala vida? Ya ve, los pobres lo primero que prevenimos es la comida cuando viajamos; porque si uno se muere, ¿de qué sirve la plata?

-No te detendré con objeciones, porque tienes mucha razón, y además los momentos son preciosos.

Otro capítulo del libro fue leído en el intermedio siguiente, y al cabo volvió a aparecer Rosa trayendo una taza vidriada, no muy limpia por de fuera.

-¿Qué me traes, Rosa?, preguntó el viajero sentándose en su barbacoa.

-Es el ají... ¿Usted no se pica?

-De ti es que estoy medio picado. Ven acá, graciosa negra. Siéntate y conversemos.

-¿Y la cena?

-¡Todo es secundario en tu presencia! Tienes un aire, una gracia y unas miradas que consuelan.

-¿Entonces no le traigo de cenar? Con que yo lo mire tiene bastante.

-Pues no es malo que me traigas algo. Quisiera que me hicieras la visita, porque tu conversación me encanta; pero en fin, tú lo verás.

Cuando esto dijo el viajero, ya Rosa había salido, para presentarse de nuevo como el verdadero ángel del socorro. Puso sobre la mesa una taza y un plato de palo que tenía carne asada, de apetitoso olor; y luego se sentó en otro baúl, poniéndose la mano en la cintura.

-Me gusta que me acompañes. Yo no puedo comer solo; y así será mi cena más sabrosa.

¿Y qué potaje tenemos?

-Como no es potaje sino mazamorra.

-¡Exquisita!, exclamó el viajero así que la probó, y no volvió a atravesar palabra hasta agotar la taza.

-Esta carne también está buena, dijo Rosa.

-¡Pues ahí verás que no me gusta tanto! Tiene un olorcillo... ¿De qué es?

-¿Para qué quiere saberlo?

-¡Ya se ve! Lo que importa es matar a quien nos mata. ¡Qué buena cena! Ahora se me ocurre una cosa: tú me cuidas y ni siquiera sabes como me llamo.

-¿Eso qué le hace?

-¡Oh! ¡de esto sucede mucho en la Nueva Granada! Mil gracias, Rosa.

-¡Que le haga buen provecho!

-Te quedo muy agradecido. ¡Mira!, cuando vayas a Bogotá, pregunta por mí, que tendré mucho gusto en atenderte.

-Mi hermano Julián es el que viaja, y algunas veces mi madre. Yo les diré que vayan a la casa de usted.

-¿Y vives contenta entre estos montes?

-¿Y si no? El que es pobre...

-¿Y en qué buscas tu vida, Rosa?

-En la labranza, cuando se puede trabajar; y la mayor parte del año en el trapiche de la hacienda.

-¿Eres trapichera?

-Sí, señor: de la Soledad, del trapiche de mi amo Blas, nada menos.

-¿Él vive solo?

-Con mi señorita Clotilde, porque mi señora no se amaña, ni le hace el temperamento. Los niños suelen hacer sus viajes a la ciudad.

-¿Te gusta el oficio de trapichera?

-¿Y que se va a hacer?

-¿Y quienes más viven aquí contigo?

-Mi madre, yo, Julián y Antoñita, la mediana. Mi padrastro se murió hace poco; Matea se fue a Ambalema; y dicen que está calzada y como una novia de maja. Julián, mi hermano, está trabajando en el trapiche del Retiro, y no viene a casa sino por San Juan, la semana santa y la nochebuena. Otro hermano tenemos, que trabaja en la Soledad; pero ni caso ni cuenta hace de nosotras.

-¿Y cuáles son tus obligaciones en la hacienda?

-Pagar ocho pesos por año, y trabajar, una semana sí y otra no, en el oficio del trapiche.

-¿Y qué tal es tu señora Clotilde?

-Buena con nosotras; y, ¡muy chusca que es la señorita!

-¿Y en la parroquia, hay algo que sirva?

-¡Ave María! ¡Pues la niña Manuela... que es lo que hay que ver!

-Pero, tanto he hablado con usted, y hasta ahora no me ha dicho su gracia, es decir, cómo se llama.

-Yo me llamo Demóstenes, un criado tuyo, contestó el caballero haciendo una cortesía.

Seguramente don Demóstenes, por el hábito de no acostarse sino de las doce para adelante, estaba desvelado en esa noche. Por lo que hace a Rosa, como buena trapichera, estaba acostumbrada a

trasmocharse; y en esta disposición análoga, eran ya las diez, y todavía conversaban como dos novios. Don Demóstenes complacido con la ingenua y sencilla charla de Rosa, y ésta, contenta de interrumpir su acostumbrado aislamiento y soledad, hablando con un pasajero de agradable conversación.

La madre y los hermanitos hacía rato que dormían en la alcoba inmediata: al fin se retiró Rosa, llevando en la mano el bagazo encendido. Don Demóstenes apagó su vela y se preparó a dormir en su movediza barbacoa.

Mas cuando esperaba el reposo y el sueño bienhechor debido con tanta justicia al mal parado viajero, éste en vez de conciliar el sueño, no hacía sino moverse y agitarse en su cama, sintiendo mil picadas en todo su cuerpo. Largo rato luchó con aquel tormento desconocido, hasta que por fin, agotada la paciencia, llamó a su criado.

-José, levántate, que estoy como metido en agua hirviendo y tengo una sed devoradora.

Enciende pronto la vela, ¡oyes!

-¡Cómo los ratones cargaron con ella!, contestó José, después de bucarla a tientas en toda la pieza.

-Llama a Rosa, pues.

Rosa se había puesto en pie desde que oyó las voces y las plegarias de su huésped, y salió para ver cómo podía aliviar al viajero; pero no había otra vela en la casa, y hubo que recurrir al bagazo. Encendido éste, se encargó José de atizar la salvaje lámpara, mientras Rosa examinaba la cama de don Demóstenes.

-Son los chiribicos, dijo, después de examinar los dobleces de la sábana.

-¿Y qué se hace con ellos?

-Con los chiribicos y con don Tadeo el tinterillo, no hay remedio que valga.

-¿Cómo es eso?

-¡Pues mire! Cuando los chiribicos se empican, no vale asco, no vale arder la cobija ni el junco, ni quemar la barbacoa.

-¿Y qué se hace entonces?

-Embarrar de nuevo la casa, o derribarla y hacer otra nueva.

-¿Pero mientras se derriba, qué hacemos, Rosa? ¡Yo me muero!

-¿No traje hamaca?

-¡Corriente, Rosa! Viene entre los baúles: que la saque José cuanto antes.

Cuando colgaron la hamaca entre el criado y la casera, le advirtió Rosa:

-Pero no vaya a llevar a la hamaca ni una cobija, ni una pieza de ropa de las que tiene puestas, porque entonces se queda en las mismas.

Don Demóstenes siguió el consejo: se mudó, y envuelto en otra sábana hizo su ascensión gloriosa a la hamaca, de un sólo brinco, como el boga que sube al champán perseguido por los policías.

-Ahora quiero agua, porque tengo calentura y la sed me abrasa.

-Esa es la que aquí no hay, mi caballero.

-¿Qué beben ustedes, pues?

-Guarapo. Si quiere, voy a traer un calabazo de agua al chorro; pero aquí son las aguas salobres.

-Te lo agradeceré, hija mía... ¡Oh! ¡las posadas de los Estados Unidos, esas sí que son posadas!, decía don Demóstenes al criado, mientras esperaba el agua. ¡Figúrate que en el hotel San Nicolás encuentra uno en su cuarto hasta agua corriente! ¡Pero esta posada de Mal-Abrigo!...

Al cabo de media hora se oyeron los pasos de la servicial casera, y en seguida el grato acento de su voz.

-Por aínas no vuelvo, dijo al entrar, con una tranquilidad llena de filosofía. Se apagó el bagazo en el camino, y aquí no más tuve que matar una taya que se me enredó en los pies... mañana la verá usted...

Don Demóstenes se bebió una totuma llena de una agua no muy buena, y exclamó con todo el fervor de un corazón agradecido:

-¡Oh! ¡Rosa! Eres como una Egeria consolando a Numa.

-¿Que le eche otra totuma? ¡Apare!...

-No, Rosa, mi sed está mitigada. Ahora conversemos alguna cosa. Mira, estoy curioso de saber porqué vino a colación un don Tadeo, cuando hablábamos de chiribicos.

-Porque esa es otra plaga que tenemos en la parroquia. Al niño Dámaso le tiene desterrado y lo persigue como los ratones a la vela, para no dejarlo casar con la niña Manuela. Y usted descúidese, si va a estarse en la parroquia, porque ese es hombre que sabe empapelar a la gente; y acuérdesse de lo que le dice Rosa, ¡acuérdesse!, repitió al retirarse otra vez a su alcoba.

Don Demóstenes se rió del anuncio; se acordó un poco de la hermosa niña a quien dejaba en Bogotá; pero no tanto que lo desvelara esta memoria como lo habían hecho los chiribicos; y a no ser por el ruido que hacían los estribos cuando su criado estaba chillando, ya muy entrado el día, no se hubiera despertado hasta la tarde. ¡Tan profundo era su sueño, y tan grande su cansancio!

Mientras el arriero cargaba, reparando su posada, encontró la culebra muerta, y dentro de la casa una decoración improvisada. La barbacoa donde le pusieron cama tenía armazón como para toldillo, revestida de arrayán y flores, y un arco gracioso lleno de hojas en la puerta de la sala. Sobre una tablita encontró un libro muy usado, y, al hojearlo, gritó: ¡oh Gutenberg! ¡hasta aquí llega tu sublime descubrimiento! Viendo el título, que decía: «Ramillete de divinas flores, y método para aprender a morir cristianamente», murmuró: método para vivir es lo que debemos aprender, que morir es caso muy fácil. ¿No te parece, José?, añadió dirigiéndose a su criado.

-Pues para no morirnos es que bregamos hasta donde podemos, mi amo.

Cuando todo estuvo listo para marchar, se acercó don Demóstenes a la cocina, a despedirse de Rosa, dándole las gracias, y ofreciéndole una moneda, que ella rehusó con aire de desdén.

-¡Pues adiós! ¡adiós!

-¡Adiós, señor!, dijo Rosa, y tomó su azadón para irse al pequeño platanar de su estancia.

Saliendo don Demóstenes al camino parroquial de la senda del barzal que ocultaba la casita, al recordar su mala posada y la generosa bondad de Rosa, pensaba preocupado en la frase de « ¡descuídese con don Tadeo!», que ella le dijo con aire de profecía; y sacando su cartera escribió riéndose:

«5 de mayo -Posada de Mal-Abrigo- Rosa -¡Descuídese con don Tadeo! -Manuela.»

Dos horas después entraba en la plaza de la parroquia de... y pronto se instaló en su nueva posada.

## Capítulo 11

### La parroquia

En las caídas de la gran sabana de Bogotá se encuentran algunos caseríos con los nombres de ciudades, villas o distritos, de los cuales uno, que ha conservado entre sus habitantes el grato nombre de parroquia, es el teatro de esta narración.

Está separado de los otros grupos algunas tres o cuatro leguas, por lo menos, y casi incomunicado, porque los caminos atraviesan bruscamente montañas, rastros y fangales. En su plaza, demarcada hace más de un siglo, hay dos costados cubiertos ya de casas, y en el uno sobresale la iglesia de teja, bien notable por su puerta verde y porque cuelgan de una viga de su fachada tres campanas, que, sirven para llamar a la misa mayor los domingos, y entre semana para dar las doce, las seis y los dobles de las ocho. El segundo edificio es el despacho de la alcaldía, llamado antiguamente cabildo; sigue después la casa del cura con su largo corredor sobre la plaza.

Tiene la parroquia un retazo de calle y, algunos trozos formados de solares de cercas de palos sostenidos por algunos árboles nacederos. Hay una casa que se distingue por su establecimiento de venta o tienda, de donde el público se surte de velas, guarapo, o chicha, aguardiente, y algunas veces de pan. La sala de esta concurrida casa tiene

una puerta al oriente, que da a la calle, y otra al occidente que sale al patio, el cual está cerrado por los costados con dos tramos del pajizo edificio, y por los otros dos con cerca de guadua, en la cual hay un disimulado portillo, que equivale a la puerta oculta, de que hablan algunas novelas de Europa.

La tienda tiene una trastienda que comunica con la alcoba de la familia, con una pieza oscura de por medio, llena de ollas, barriles, artesas y trastos viejos.

La concurrencia en la tienda es todo, los domingos y a veces los lunes. Las arengas de los concurrentes son graves en ciertas ocasiones, y aun suele la discusión, pasar a los porrazos.

De esta venta saca, tal vez más ganancias que la dueña, un embozado, que desde un agujero practicado en la pared de su alcoba, atisba todos los movimientos, y escucha todas las

palabras, apuntando en una grasienta cartera lo que a su entender tiene mayor importancia: en

la parroquia hay también embozados.

De las otras dos puertas de la sala, que permanecen siempre cerradas por medio de cortinas de zaraza, la una conduce a la mencionada alcoba de la familia, y la otra al sur, está destinada para los forasteros.

Los muebles son un poyo de adobe, una silla de brazos, reputada por propiedad de los primeros jesuitas, y una mesa grande; los adornos, un san Antonio, una Virgen del Rosario, y un retrato del general Santander.

La edad de la silla, hasta de ochenta años, está bien comprobada, por las muchas heridas que muestra en los brazos, hechas con alevosía las más (y con navaja), y por la firmeza de su constitución, pues sirviendo de andamio, o puente, o receptáculo para pesados cuerpos, suspensa entre el ángulo de la pared y el suelo, no han logrado desarmarla, como a muchos taburetes raquíuticos y delicados, que yacen en los zarzos o en los ceniceros, por no haber resistido a esa cruel superación. La mesa aun cuando no tan antigua no carecía de mérito:

sobre ella se deshacían marranos, se amasaba y se aplanchaba cuando era menester.

La propietaria de esta casa era doña Patrocinio; pero don Demóstenes se hallaba con dominio absoluto sobre la alcoba del sur, con medio dominio en la silla y la mesa; con derecho de colgar su hamaca en la sala, y de visitar también el interior de la casa, cuando a bien lo tuviera.

Así fue que un domingo hubo en la parroquia la gran novedad de un forastero que se mecía en su gran hamaca, en la sala de la niña Patrocinio, leyendo un libro, cuya pasta brillaba como carey, y teniendo debajo cuadernos y papeles, sobre una estera de Chingalé. También se hablaba de un perro que estaba echado allí junto, tan grande como un ternero, y de un mirar espantoso.

Embebido don Demóstenes en sus libros, no había hecho caso del movimiento que había en la calle, en donde se saludaban los estancieros de los partidos, o se paseaban en compañía, ni de la risa y dichos de las muchachas, que echaban sus revoloteos como las mariposas, mientras daban el último toque a misa. Pero un ruido de bestias y voces de dominio, que pareció estallar contra la puerta, hizo levantar la cabeza al forastero para ver el cielo abierto ante sus ojos.

Una señorita, montada en una mula retinta, con traje que bajaba hasta el suelo, dejando ver al través de un velillo celeste un color bellissimo de mármol y unos ojos grandes, suaves y modestos, una dentadura fina y graciosa, conjunto de primores, visión enteramente milagrosa, era la divinidad que había posado delante de la puerta. Don Demóstenes se puso de pie en el instante, y viendo que la comitiva hacía alto, ofreció sus servicios para que la señorita se apease. El caballero que la acompañaba estuvo pronto a su lado, y dándole el hombro y la mano, ella descendió majestuosa, para entrar en la sala con su foete en la diestra, y todo su largo traje recogido con la izquierda. Mientras su compañero mandaba amarrar las bestias debajo de un hermoso caucho, y meter los frenos y los pellones, don Demóstenes le dirigió la palabra, después del saludo de cumplimiento.

-¿Cómo es que habita usted en estos desiertos?, le dijo el caballero.

-Porque vivo en la hacienda con mi padre, respondió Clotilde, que era la misma que en la posada había sido nombrada por Rosa.

-Ahora concibo que puede haber un hombre dichoso, viviendo...

Don Blas, entrando presto de la calle, interrumpió este diálogo, que habría sido tal vez curioso; y mientras que la señorita siguió al interior a preguntar por su mamá Patrocinio y por Manuela, don Blas se dirigió al forastero en estos términos:

-¿Y la venida de usted?...

-Emigrado, señor.

-¡Santa María! ¿Otra revolución?

-De los paramitos de San Juan, señor.

-Tiene razón. ¡Son infernales! ¿Y qué de bueno deja usted por Bogotá?

-Pues no hay cosa particular sobre la crónica común. Ahora, sobre los negocios públicos usted habrá leído «El Tiempo.»

-«¿El Tiempo?»... No señor. Aquí no llega sino la «Gaceta» y se va al archivo, muchas veces sin desplegarla; dicen que a don Eloy le viene el «Porvenir.»

-¡Es cosa muy rara!

-No señor: así andamos en muchas parroquias... Lo raro es ver a una persona como usted por aquí.

-Pues otros años he ido a Fusagasugá, que es magnífico por su temperatura, por sus aguas, por su gente, por sus bellas sabanas y sus célebres quintas.

-Pues eso sí no tenemos por aquí.

-Cierto, porque las tierras, como este distrito, húmedas, saturadas de sales, nitro, caparrosa y piedra azul de pizarra, y que se ablandan y se deslizan en derrumbes llevándose las estancias y los montes, son buenas para producir mucha caña y mucho plátano; pero no mucha vida, según mis observaciones de tres días a esta parte.

-¿Vendrá usted a comprar trapiche?

-No señor, no quiero comprar mi sepulcro, para adornarlo en vida, como lo ha hecho un compatriota nuestro: este cuidado se lo dejo a mis deudos.

-Pues ahí verá que el trapiche, cuando no chorrea, gotea, dijo don Blas, con toda la seguridad de un profesor entusiasta.

La señorita Clotilde, que había entrado a la alcoba a ponerse en traje de iglesia, salió radiante de belleza y majestad, como la actriz que asoma por segunda vez a las tablas.

Don Demóstenes levantó los brazos como para aplaudir, pero se quedó petrificado en presencia de tanta hermosura. La señorita siguió a la iglesia con don Blas, y don Demóstenes los siguió maquinalmente. Ella tomó su puesto en la iglesia, y al frente quedó el viajero, cada vez más apretado por la concurrencia gradual de los parroquianos.

La molestia del viajero, a no ser por el hechizo que allí lo mantenía, deberíamos suponerla terrible por el calor, los vapores y los apretones; pero cuando él vino a conocer la grandeza de su sacrificio tributado a los ojos de la divina Clotilde, fue cuando sentándose el cura en una silla parecida (si no era hermana) a la de la posada, se santiguó; y se santiguaron con él todos los vecinos para oír la santa palabra.

Reflexionemos por unos momentos en la posición de don Demóstenes:

Él sabía los dimes y diretes que reinan entre los curas y los filósofos.

Sabía lo que la prensa radical decía sobre papas, frailes y socialismo en esos días.

Sabía que el cura estaba en su tribuna, como él mismo había estado en la de la escuela republicana de Bogotá.

Esto pues, lo tenía con cuidado, fuera del bochorno producido por la concurrencia; pero no había medio de escapar sin un escándalo, y por otra parte, lo que Clotilde hubiera dicho... Se limpió el sudor con su fino pañuelo de seda, y se resignó. Puso atención y escuchó estas claras y distintas palabras:

«Amor, paz y caridad son el fondo de la doctrina que un artesano pobre comienzo a predicar en la Judea, y que hoy cuenta ya millones de sectarios.»

Aquí respiró don Demóstenes, y levantó la cabeza.

-«Doctrina que halaga al pobre, continuó el cura, porque pobres fueron los Apóstoles, pobres los discípulos y pobres las mujeres piadosas que seguían en pos de la predicación.»

Mientras que esto decía el cura, todos los parroquianos dirigían los ojos al forastero, quien por su gran frac blanco, por su buena corbata de seda, y por la hermosa cadena de su reloj, aparecía como el más acomodado de todos, y tuvo la precaución de agacharse un poco.

«Sí, mis oyentes, decía el cura, el mismo Jesucristo lo dijo por su boca: «Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que un rico en el reino del cielo...» Pero la caridad nos manda que no les hagamos mal, porque son nuestros hermanos.

Aquí sintió don Demóstenes sumo agrado, y suma predilección por el párroco; y se enderezó alifándose su chivera; pero las palabras que siguieron volvieron a hacerlo agachar, porque el cura estaba diciendo:

«Y la caridad vale más que la divisa libertad, igualdad, fraternidad; pues con aquel pendón se han acometido mayores empresas en favor de la sociedad universal.»

Esto tampoco le gustó a don Demóstenes; pero lo que siguió le pareció muy bien.

Concluida que fue toda la función parroquial, fueron saliendo todos los vecinos. Hubo nuevos abrazos, nuevas muestras de cariño entre los grupos que formaban en el altozano y la plaza aquellos desvalidos feligreses.

La señorita Clotilde se fue a cumplir con una visita, y don Demóstenes se acercó al cabildo, donde un octogenario en el traje de los parroquianos, aunque más raído que todos, tocaba la llamada de granaderos en una caja que fue de los guardias nacionales de Colombia, según las inscripciones y los timbres. Y unas pocas mujeres y algunos de

los muchachos acudieron al llamamiento, y acercándose el alcalde con el bastón en una mano y unos papeles en la otra, le dijo a don Demóstenes:

-«Léiganos su merced los papeles del Gobierno, señor caballero, por vida suya.»

Don Demóstenes comenzó a romper las cubiertas de las gacetas y ordenanzas, y el alcalde le dijo:

-Eso que viene en letra de molde se va así dobladito a la caja; lo que hay que publicar es este papel.

Obedeciendo al dictamen del alcalde, el forastero leyó lo que sigue:

*ACUERDO*

*El Cabildo del distrito de... acuerda:*

*Art.º 1º Se matarán todos los marranos que anden por la calle, con excepción de los que tengan horqueta.*

*Parágrafo único. Por el derecho de horqueta se pagará medio real por semana.*

*Art.º 2º Por todo burro que ande suelto por la calle se pagará un real por mes.*

*Art.º 3º Cuando un perro resulte loco, será alanceado, y el dueño pagará cuatro pesos de multa, y sufrirá tres días de prisión.*

*Dado en el Cabildo de este distrito, a 18 de mayo de 1856.*

*El presidente, José Londoño. -Ejecútese. -El alcalde, Gregorio Alguacil.*

A este tiempo pasaba ya la señorita Clotilde para su posada, y don Demóstenes entregando con precipitación los papeles, al señor alcalde, se fue también.

Doña Patrocinio hizo servir unas frutas a sus huéspedes, en cuyo acto tuvo ocasión don Demóstenes de manifestar su civilidad, y hasta su singular aprecio por la señorita.

Esa noche dio por la calle un paseo el forastero, y se acostó en su hamaca, con muy buenas intenciones de dormir; pero el baile de la casa vecina le echó a perder sus profundos cálculos.

La música se componía de algunos tiples que hacían el alto, y

de dos guacharacas y dos alfandoques que desempeñaban por trompas y trombones, agregándose por contralto un triángulo de hierro, de un sonido más que penetrante. Las guacharacas son unas cañas de chontadura rajadas, que se frotran con una astilla de palo, y los alfandoques son dos tubos de guadua, en que se baten unas pepas de chisgua de forma de munición.

Eran pocos el sueño y la cabeza de don Demóstenes para recibir tan selecta armonía, en la cual no habíamos incluido un tambor que no cesaba ni por un instante. Se levantó; dio un paseo, y luego se acercó a la puerta del baile.

Veamos, dijo, si hay algo adentro por lo cual unos oídos configurados como los míos, puedan aguantar el suplicio.

Estaba la sala alumbrada por un candil, que daba luz, además de la sala, a una especie de tienda, si es que merecía este nombre. Su poca luz se perdía entre el humo espeso de los cigarros.

El baile tampoco gustó al caballero: era el torbellino, en que el galán da las vueltas en pos de la esquivia pareja, repitiéndose una parte, con la ejecución de cada cuatro de estas vueltas.

Tampoco merece la pena el baile, dijo entre sí don Demóstenes. ¡Ir a una vara de distancia de una bella, hoy que la palabra distancia es un borrón del diccionario! ¡Hoy que Roma se ha puesto a las puertas de París con el telégrafo!... Esto es muy retrógrado... Esto es contra la institución del baile, que no se hizo para huir sino para avanzar; esto es muy colonial sobre todo.

Entre tanto los aplausos y la alegría resonaban en el baile; las parejas entraban, salían, se ponían de pie, mudaban de asiento; y los bailadores invadían y atropellaban, sin que hubiese desafíos a pistola ni puñetazos. Entre las parejas oía don Demóstenes nombrar con frecuencia a una Manuela, a la que no pudo conocer, sin embargo, por la poca luz y por la distancia.

-Y usted ¿no entra a bailar, amigo?, le preguntó don Demóstenes a un parroquiano que estaba recostado en un palo del corredor, embozado hasta los ojos con su ruana.

-¡No señor!, le contestó con aire triste, Yo estoy privado de baile; y ¡quién sabe por cuánto tiempo!

-¿Cómo, amigo?... ¿Es usted un proscrito?

-No es sino que ando huyendo de las persecuciones de don Tadeo, y si usted viene a permanecer aquí, descuídese.

Esta palabra exactamente igual a la que le había dicho Rosa, le animó a interrogar al incógnito, y ya le había hecho una pregunta, cuando un rumor de adentro cortó la conversación.

-¿Por qué lo dejan?, gritaba a los músicos un bailarín, que cabalmente era José Fitatá, el criado de don Demóstenes.

-Porque la niña Manuela no es la única que sabe bailar aquí.

-¿Y si ella quiere y yo también quiero?

-Se friega el forajido, porque el que manda, manda.

-En mí no manda aquí ninguno.

-¡Que lo apresen!, gritó una voz del lado de la semitienda.

Es necesario saber quien era José Fitatá. Se había criado de concertado en las haciendas de la Sabana, en el arma de vaquero; es decir, era torador, jinete, enlazador, y fue soldado de las guerrillas de Ardila en la revolución de abril; no le faltaba nada para ser un laque, aun cuando era moderado y complaciente, como todos los sabaneros en tiempo de paz.

Había también un personaje detrás de los músicos, del cual es preciso dar una noticia aunque ligera. Era un hombre de ruana de listas verdes con el forro colorado, y de sombrero muy grande; el cuello de la camisa muy grande también y muy almidonado, no le dejaba toda la movilidad requerida para sus observaciones; tenía que torcer sus miradas como muñeco de resorte, las que eran fielmente observadas, y hasta obedecidas por el sumiso círculo que siempre lo rodeaba. Era aquel embozado la polilla de la parroquia.

Pero veamos en qué quedaron esas bravatas que habían sonado como una tempestad en la pacífica sala del baile.

José, viéndose acometido de repente, echó mano al alfandoque de la música, y de pie en un rincón, con la dignidad del tigre que espera

a su agresor, contenía a sus enemigos con sus miradas.

Una voz del lado del rincón murmuró estas palabras solapadas:

-¿No habrá por aquí un comisario?

Entonces, un hombre de malísima traza se presentó en la palestra, señalando un bastón con cabeza de plata, y animados con su presencia los adalides, avanzaron unos pasos; pero José por desembarazarse del estorbo del primero que se le acercó, le tocó con el alfandoque, de tal

manera que lo hizo caer sentado en el suelo.

-¡La carabina, la carabina!, gritó un valiente desde muy lejos del puesto.

Se habían desenvainado los machetes, los agresores ganaban un pie más de terreno, lo que hubiera vencido la repugnancia de intervenir que tenía don Demóstenes, si una sombra de ágiles movimientos y airoso andar, atravesando con presteza el salón por entre el polvo y el humo, no se hubiese puesto delante del personaje del cuello monstruo, y te hubiese hablado a media voz, acariciándole una mano con las dos suyas, y derramando sobre él una mirada rápida.

Apenas esto sucedió, cuando sonó la voz de «alto el fuego», y una ley de olvido lo cubrió todo en el acto. Sin embargo, un misterio quedó trasluciéndose en el público, como sucede siempre después de todos los tratados diplomáticos, y de esos indultos que ordenan el absoluto olvido, a los que tienen tanto de qué acordarse, por sus bolsillos o por sus personas.

La música y los vivas ahogaban los comentarios; el baile triunfaba con toda su fuerza, como las fiestas con que los cónsules romanos apartaban de la atención del pueblo las cuestiones graves.

-¡Viva la alegría!, gritó uno de los concurrentes.

-¡Viva el pueblo! ¡viva la diversión!

-¡Viva la pacificadora Manuela!

-¡Viva la niña Cecilia, respondió una voz recalcitrante y proterva, que es la que vale más aquí!

-Coja usted esos puntos, mi caballero, le dijo a don

Demóstenes el incógnito, que observaba todo sin moverse, embozado en el gran canto de su ruana; y, ¡no se descuide!

Era ya muy tarde, y don Demóstenes se volvió a su hamaca, en donde se quedó al fin dormido, como a eso de las tres de la mañana; pero una singular ocurrencia lo vino a despojar de su dicha.

La hamaca había sufrido un terrible sacudimiento, y al despertar el caballero, entre la incertidumbre y el temor, se quedó con el oído fijo, y le pareció que oía sonar el traje de una mujer; pero notando que la aparición, o lo que fuese, se iba alejando, se fue calmando su corazón, cuyas palpitaciones fueron al principio terribles con tan inesperado susto.

Ya iba a llamar a José, cuando sintió que las caseras conversaban a media voz en su alcoba, y pudo oír sus palabras.

-¿Por qué vienes tan tarde?, decía una voz algo severa, aunque a la vez compasiva.

-¡Porque estuvo el baile tan bonito!

-¡Si irías a abrir la puerta del lado de la calle, y a despertar al caballero!...

-Como entramos por el portillo... sino que por lo oscuro y porque ya no me acordaba, me estrellé contra la hamaca, y le metí un susto. ¡Ave María, que tengo una vergüenza!...porque por poco me caigo.

-Pues es necesario venir temprano otro día, porque los tiempos están delicados; y tanto va el cántaro a la fuente, que por fin, por fin...

-Pero sumercé verá que el que bien anda bien desanda.

-¿No supiste lo que le sucedió a tu comadre Pía?

-Eso sería por boba; o porque ya le convenía, mamá.

-Pues sólo que así...

Don Demóstenes no pudo oír más de la conversación de la alcoba, y lo sintió en el alma; pues aun cuando este ruido fuese un nuevo motivo de desvelo, era muy útil para un forastero cualquier revelación sobre asuntos de la parroquia, donde tenía que pasar una larga temporada.

Volvió a rendirse al sueño cuando el día comenzaba a brillar; pero volvió a ser interrumpido por la patrona Patrocinio, la cual subida en un tronco, a voz en cuello gritó en la mitad del patio.

-¡Piu! ¡piu! ¡piu! ¡piu! y, desde entonces, los marranos, los piscos, y gallinas y el burro carguero, no dejaron esperanzas de más sueño con su alboroto infernal. Un gato muy taimado asistió también, aunque solamente como curioso.

Se salió don Demóstenes a dar un paseo por los campos, y el aire, la libertad y el silencio calmaron el trastorno que su cabeza experimentaba desde los acontecimientos del baile, y desde el susto que tuvo a la madrugada por el sacudimiento de la hamaca.

## Capítulo III

### El cura

Estaba don Demóstenes ciñéndose sus atavíos, y arreglando su traje de cacería, cuando sonó un golpe en la puerta.

En esto de golpes hizo él en la parroquia lo que hacía en Bogotá: dejarlos al cuidado de otro, para seguir en sus ocupaciones; pero como las caseras tampoco respondían, y los golpes sonaban ya por tercera y cuarta vez, se resolvió a las consecuencias, y, disimulando su enfado, gritó:

-¿Quién va?

-Soy, yo, respondió una voz humilde; yo, el cura de esta parroquia.

-Sírvase usted sentarse mientras acabo ciertos arreglos, le respondió con menos retintín, apurándose a perfeccionar su tocado.

El Cura se sentó en la jesuítica silla, y se puso a separar con el lente unas flores que llevaba en la mano.

El traje del párroco era sencillo:

Llevaba un largo levitón gris, chaleco y calzón negro, cuello morado, sombrero negro de fieltro de ala tendida, aunque no pequeña.

Su continente modesto y respetable decía bien con su traje, en el cual no había ni coquetería ni disfraz. Llevaba en su mano un largo bastón, fiel compañero de sus excursiones por el campo.

Al aparecer don Demóstenes en la sala, se saludaron por la cortesía propia de las dos personas más ilustradas que pisaban actualmente la parroquia.

-Sabía, dijo el párroco, que un caballero estaba en mi parroquia, y me he apresurado a darle la bienvenida, y a ofrecerme por mí y por los notables del distrito.

-Mil gracias, señor Cura.

-Porque en una soledad es donde se aprecia el trato de la gente culta.

-Me honra usted demasiado.

-La verdad, señor. Yo no tengo aquí con quien conversar entre semana, sino con mis libros.

-¡Oh la imprenta es el conductor de la ciencia y el baluarte de la libertad! Un hombre preso a quien se le conceda luz y un libro, nunca será desgraciado. La nación que tenga libertad de imprenta jamás será tiranizada.

-Y el cura que no lea, tendrá que adormecer su imaginación con la conversación soez de las tiendas o de las esquinas, o con algún vicio que lo domine. Aparte de la necesidad que tenemos, hoy más que nunca, de estudiar, por la lucha con el protestantismo.

-Es muy cierto, señor Cura.

-Y cuán vastos son los asuntos de la instrucción del cura, ahora que hay sacerdotes de otras comunidades en la República... Yo por mi parte procuro leer, aunque mis correrías poco tiempo me dejan.

-¿Y es bueno el curato?... ¿Da plata?

-No da plata; pero aunque corto el campo, es bueno para segar mucha mies. Ha hecho falta la doctrina; pero trabajando puedo conseguir mucho fruto aunque llevo poco tiempo de estar aquí.

-¿Y el temperamento?

-No muy bueno, caballero.

-No debería usted decirlo, porque entonces se puebla menos su distrito parroquial.

-Yo no diré una mentira, señor, porque la cuestión temperamento es cuestión de vida o muerte ¿y cómo le iba yo a decir a usted que mi parroquia es sana, para comprometerlo a que trajese su familia a padecer epidemias? ¡Sería un crimen inaudito!

-¿Y cuando sea cuestión de hacer plata con transplantar la gente?

-Eso casi no necesita respuesta entre cristianos.

-Y de elecciones, ¿cómo andamos, señor Cura?... ¿usted no votará, no?

-¿Por qué no, señor, cuando la constitución no me lo prohíbe?

-Pero un cura, me parece a mí que no debe meterse en la política, por aquello de «mi reino no es de este mundo.»

-Pues eso de «mi reino no es de este mundo», les ha dejado a los curas derechos y obligaciones subsistentes en el estado político, les ha dejado existencia y libertad, premunidas por la constitución.

-La constitución sí los abraza, de cierto; pero nuestras leyes han tratado de separarlos del cabildo, de la escuela, del Congreso, de las elecciones.

-Pues el texto es una sentencia de Jesucristo, en que les Muestra a los judíos que sus glorias y triunfos no consisten en los tronos y cetros de la tierra, sino en la bienaventuranza eterna; que no viene a apoderarse del poder civil; sino del moral, y nada más. Señor, si la política no abrazara la moral, y si la moral se pudiera, en nuestra tierra, cimentar sin la instrucción evangélica; más, todavía: si no versara la política sobre las dichas o desdichas del hombre, entonces sí se debería abstener el sacerdote cristiano de ella; pero como donde está el hombre, allí está la miseria, así como donde están los árboles se encuentran las hojas secas, es preciso también que allí esté el sacerdote, aliviando, aconsejando, educando el corazón, y previniendo el error y el crimen. ¿No tiene que hacer la política con el sacerdocio?... Y en una parroquia de éstas donde nadie lee, donde nadie explica ni recuerda la ley, escrita, donde nadie se

apura porque haya escuela ¿quién señala el camino del deber? ¿quién recuerda el respeto a los padres? ¿quién contiene el robo que pudiera hacerse al hacendado? ¿quién lucha en favor de la institución del matrimonio, base de la sociedad política?

-Es que la sociedad tiene su tendencia irresistible a perfeccionarse; y el pueblo tiene, su instinto sobre lo que le conviene, dejándolo sin trabas. El principio «dejad hacer» vale más que todas las leyes del mundo.

-Señor, si yo no supiera (porque fui cura en los Llanos), que ni los tunebos, ni los caribes, ni los guaques han adelantado nada en la civilización en trescientos años, por sus esfuerzos, mientras otros pueblos bajo la enseñanza evangélica han ido más adelante, le concedería su

teoría.

-¿Más adelante que nuestra escuela? Pues deje usted que se difundan nuestras doctrinas sociales, y verá que no.

-Pero ya los socialistas de mi escuela han llevado muy adelante la bandera.

-¿Cuándo? ¿quiénes? ¿de qué modo?

-¿No ha cruzado el sacerdote católico los desiertos del Meta, arrostrando las flechas, las garras de las fieras, y el hambre, y las infinitas plagas, por cumplir su misión civilizadora?

¿No ha soportado la pestilencia de los hospitales por aliviar?

¿No ha consagrado su vida al confesonario y al púlpito por corregir?

¿Civilizar, aliviar y corregir no es trabajar por la mejora de la sociedad?

-Nosotros escribimos y peroramos.

-¿Y cuántos oyen las peroratas? y ¿cada cuándo hay una perorata? y entre la gente del pueblo, ¿quién lee lo que ustedes escriben? y ¿cuántos se convencen y se aprovechan?...

-A nosotros nos oyen cada ocho días, y, se lo diré sin vanidad, nos creen... ¿Le queda a usted duda de que nosotros hemos tomado la iniciativa, y de que hemos conseguido mucho?

-Por lo menos nuestro fin es el mismo, la mejora de la sociedad;

no hay sino que el método de ustedes es tan sumamente lento; pues llevan cerca de dos mil años, y nosotros concebimos una reforma, y ¡zis! ¡zas! la publicamos, y la planteamos, si no nos la tuercen nuestros contrarios. De todo esto deberíamos deducir que gólgotas y sacerdotes católicos somos una cosa parecida. Y que no le quede duda, señor cura; todo esto que nosotros predicamos y escribimos de abolición de monopolios, de división de los grandes terrenos, de igualdad fraternal, de trabas a los ricos, de aliviar al menesteroso con lo sobrante del avaro, todo esto no es otra cosa que la doctrina predicada en el Gólgota; no es otra cosa que el Catolicismo.

Conque hágase gólgota por entero, señor cura.

-Tal vez sí es la misma cosa, señor; pero esto que publican ustedes en sus periódicos sobre el matrimonio sobre el Papa, sobre el goce de los placeres...

-Éstas son opiniones y usted debe atender al corazón y a la doctrina. En el corazón de un gólgota encuentra usted franqueza, desinterés, verdad, y sobre todo la chispa de la libertad como la inspiración de la divinidad misma. Nosotros, los gólgotas, no decimos libertad de sufragio para trastornar elecciones por la violencia; nosotros no decimos libertad absoluta de la imprenta para fraguar revoluciones, que no son justificables sino donde no hay imprenta libre ni sufragio; nosotros no hablamos de fraternidad para aterrar, violentar y subyugar.

Nosotros somos consecuentes con nuestros principios.

-Estamos tocándonos en muchos puntos, ¿no es verdad?

-Fraternicemos, señor. ¿Usted quiere votar?... vote por mi candidato.

-Que es.....

-El candidato radical.

-O vote usted por el mío, señor don Demóstenes.

-¿El conservador?... ¡Imposible!

-¿Y cómo iba yo a votar por otro, con todos los precedentes contra la Iglesia?

-¿Y nos hará usted la guerra por el púlpito? ¡Eso no, señor!

sobre una mesa en la mitad de la plaza, si usted arenga sobre candidatura, arengaré yo después, con la constitución en una mano y el Evangelio en otra.

-Pues no, señor cura: por mí no tenga usted cuidado. Lo que debemos es poner los ojos en gente buena, para que haga la dicha de la patria... y hablando de otra cosa, ¿no le parece a usted bueno que escribiéramos un artículo contra las autoridades de esta parroquia, que han descuidado tanto la cosa pública? ¡Qué caminos! Llegué a Mal-Abrigo descuartizado, y con una contusión a causa de que se atolló la mula conmigo entre unas palizadas sembradas entre el barro.

-¡Lo siento mucho! señor don Demóstenes.

-¡La posada sobre todo! Una barbacoa dispareja y cundida de chiribicos... ¡Oh, si no hubiera sido por Rosa!... Y la cena... Gracias a Rosa, que me aderezo por allí unas tostadas...

¡Mucho me acordé de mis posadas de los Estados Unidos, señor Cura!

-¿No será mejor denunciar a la vergüenza pública a nuestros legisladores, a los tribunales, a los jefes de escuelas sociales, a nuestros políticos en general, por tener el país en postración, a pesar de las loas de progreso, estando pisando los metales preciosos, y tantas fuentes de riqueza, y llevando ya cuarenta años de libertad?

-Pero las posadas, señor Cura. Hay que darles un impulso. Yo le mostraré unos planos y vistas de algunas posadas de los Estados Unidos... ¿pero, qué quiere usted?... ¡la República modelo!...

-Es cierto, señor, ¡la República modelo!...

-Y a propósito de posadas, lo que sí me gustó fue una decoración de mi posada, de un género romántico en grado superlativo: una portada de arrayán y flores y la armazón de la cama cubierta de la misma graciosa invención: es una idea muy pastoril.

-Eso lo usan mis feligreses de las estancias, cuando se administran los sacramentos a los moribundos, así como es costumbre en Bogotá regar de flores las puertas y el zaguán.

-¿Moribundos?, exclamó don Demóstenes con algún

sobresalto.

-Fue que en esa cama murió en estos días el padrastro de Rosa, y allí lo confesé yo; murió de la enfermedad que ellos llaman la reuma gálica.

-Con razón... exclamó don Demóstenes... pero en fin, con un buen articulito... está compuesto todo... ya verá usted.

La señora Patrocinio entró a este tiempo, y les interrumpió para dar al señor Cura el recado siguiente:

-Manuela le pregunta qué día será la fiesta.

-Dígale usted que el domingo siguiente a san Juan... y ¿por qué quiere saberlo?

-¡Ave María! ¡señor cura! si esa niña no duerme, pensando en la pila que le tocó en el reparto de la fiesta de la iglesia, desde que supo que la Cecilia compone la otra. Dice que ella no se va a dejar vencer por su contraria.

Reparando entonces don Demóstenes una bellísima flor encarnada entre las que el señor Cura traía del campo, le dijo:

-¡Qué hermosura! ¿qué flor es ésa?

-Es pasiflora, y se encuentra en los temperamentos le 70 grados de Farenheit, en bosques no muy altos ni cerrados, y en terrenos poco gredosos por lo común.

-A mí me gusta la botánica, dijo don Demóstenes; pero no tengo lecciones prácticas.

-¡Oh, señor! la teoría sin la práctica, es como un libro en idioma extraño, que uno no haya aprendido, que dice cosas buenas, pero ahí se quedan. Yo soy aficionado, y sé donde se encuentran muchas plantas curiosas... ¡Qué recurso es para un pobre cura un ramo de las ciencias naturales! Y no sé como no ha caído en la cuenta el señor Arzobispo... Así es que si usted gusta, haremos nuestras excursiones juntos.

-Mil gracias, señor Cura.

-Y tengo ajedrez y tablero de damas para que juguemos cuando usted guste, que será por la noche, porque en el día no se puede.

No sólo aceptó don Demóstenes las ofertas, sino que bendijo la ocasión de encontrar una visita segura para los días de su permanencia en la parroquia. Se despidieron los dos personajes con disposiciones muy fraternales, como era de esperarse en aquellas circunstancias.

## Capítulo IV

### *El lavadero*

No hay pasión que tenga más alternativas ni peripecias que la de la caza. ¡Qué singularidades no encuentra el cazador en los bosques, en las pampas, a orillas de los arroyos, al pie de los peñascos y entre las grutas escondidas! La cornamenta de un venado puesta en los pilares de un corredor; el ave que adorna la mesa de un tirador de escopeta; la sarta de cráneos puesta en la choza de un calentano cazador de cafuches, ¿no son la historia de las más singulares aventuras?

Pero ninguno, exceptuando el iniciado en los misterios de la profesión, conoce aquellos momentos de abatimiento en que regresa el cazador con armas al hombro, triste por la esperanza burlada, después de tantas fatigas invertidas, de tantos goces malogrados en la infausta jornada. Como si cruzase entre los sauces del cementerio de Bogotá, andaba don Demóstenes entre los lindes y los michúes obscurecidos en parte por las bejucadas de carare y tocayá, siguiendo una trocha de madereros, en busca de cualquier ave aunque fuera un frigüelo, cuando llegó a sus oídos un canto del lado de la quebrada. Aunque la voz no era de los pájaros que buscaba, le llamó la atención; y con mil trabajos y agazapándose como el gato que se apronta para saltar sobre el incauto pajarillo, atravesó el enmarañado bosque hasta que se puso en un punto donde pudo ver perfectamente el ave que cantaba. Vio que era una joven lavandera que divertía su soledad, soltando sus pensamientos y su voz, mientras concluía su tarea. Los pies desnudos entre el agua, el pelo suelto, y cubierta con unas enaguas de fula azul que bajaban desde los hombros hasta las rodillas (traje que en los valles del Magdalena y en los

del bajo Bogotá se llama chingado) y el cuerpo doblado para sumergir la ropa entre el agua; tal era el espectáculo que divisó don Demóstenes desde su rústico observatorio.

Los golpes del lavadero y la tonada del bambuco que despertaban los ecos del monte, causaron tal impresión en el aburrido cazador, que se quedó electrizado oyendo estos versos, acompañados por los golpes:

*Los golpes del lavadero  
Acrescentan mis pesares,  
Haciendo brotar del alma  
Suspiros por centenares.  
La espuma del lavadero  
representa mis suspiros,  
Que el aire los desbarata  
En sus revueltas y giros.*

El sitio era pintoresco, y se había acercado el cazador todo lo necesario para observarlo bien. Las ondas azules matizadas por la espuma de jabón, como el cielo por las estrellas, en una noche de diciembre, se movían en arcos paralelos desde el lavadero hasta la barranca, de la cual colgaban verdes helechos. Se veían las sombras de las tupidas guaduas que circundaban el charco, con sus cogollos atados por las bejucadas de gulupas y nechas, cuyas frutas y flores; colgaban prendidas de sus largos pedúnculos como lamparillas de iglesia en tiempo de aguinaldos.

Extático se hallaba don Demóstenes, y aunque tan adicto a la cacería, no se resolvió a hacer fuego sobre dos guacamayas, que por la caída de las frutas se hicieron sentir sobre el racimo de una de las cuatro palmas que con sus arqueadas hojas formaban la cúpula de aquel soberbio templo de la naturaleza.

Don Demóstenes hubiera tenido tiempo hasta de dibujar el cuadro entero en su cartera; parecía que era en el alma que quería grabarlo, porque los instantes se le pasaban mirándolo, sin sentir el jején

ni los voraces zancudos. Por otra parte lo tenía indeciso el miedo de hacerla huir o avergonzarse por razón del traje tan de confianza que llevaba. Sin embargo, la indecisión termino por una tomineja, que cruzó haciendo levantar los ojos dulces, negros y afables de la joven, que estaban en consonancia con los demás atractivos de su rostro.

Mas el cazador tuvo la dicha de notar que su presencia no era molesta. Se acercó cuanto pudo, y como la urbanidad lo requería, tuvo que saludarla.

-¿Qué haces, preciosa negra?

-Lavando, ¿no me ve? le contestó ella con muy afable tranquilidad;... ¿y usted?

-Cazando.

-¿Y las aves?

-La suerte no me ha favorecido hoy, pues la guacharaca que maté se me ha ocultado, como si la tierra se la hubiese comido.

-Pues se busca hasta ver.

-¡Cuando Ayacucho no pudo!... Yo me vine porque ya no había ni esperanzas.

-El cazador y el enamorado no pierden nunca las esperanzas.

-¿Y tú sabes de eso?

-Por lo que uno oye a ratos a los demás.

-¿No has querido, pues, a ninguno de estas tierras?

-Ni menos de otras; porque como dice la canta:

*El amor del forastero  
es como cierto bichito,  
que pica dejando roncha,  
y sigue su caminito.*

-Bien picarona que serás tú... y ¿dónde vives?

-Con usted.

-¿Conmigo?... ¡Sería una dicha!

-¿Y qué se suple, aun cuando así sea?

-¡Oh! sería mi mayor fortuna.

-¿Luego usted no es el bogotano que está posado en mi casa?

-No te he visto allí... y ¿cómo te llamas?

-Manuela, una criada suya.

-Soy quien debe servir... Estoy recordando haber oído tu nombre en un baile de la parroquia, y aun haber visto tu sombra, tu bulto, tu semejanza, o no sé cómo diga, allá entre la oscuridad, entre las nubes del polvo y el humo de los cigarros; pero en la casa no recuerdo haberte visto en los cuatro días que hace que estoy en la parroquia.

-Es porque he estado muy ocupada en la cocina... y ¿sabe?... vergüenza que le cogí desde el domingo a la madrugada.

-¿A la madrugada?... ¿Qué hubo a la madrugada?

-¡Ave María! ¡que tuve tanto susto cuando di contra su hamaca!... y tan cosquillosa como soy yo ¿Qué pensó usted que era?

-Yo estaba dormido; sentí el estrujón en efecto, y como percibí las ondulaciones de la ropa, creí que sería algún huésped perdido de su cama; o alguna lechuza que huyéndole al día se encaminaba para su guarida.

-¡Válgame!

-Hoy me alegro de conocerte para darte las gracias por tus cuidados en los días que he estado en tu casa... y ahora, sabiendo que tus manos...

-¿Lavan la ropa?

-Pues, francamente, es por lo que menos, pues yo no soy del parecer de Napoleón, que decía que la ropa sucia no se debía lavar afuera, sino que me parece que se debe dar a lavar muy lejos, y creo que tú no debes ocuparte de ella. Me bastan tus cuidados, me basta que tus preciosas manos se ocupen de mi mesa; yo lo que deseo es tu amistad...

-¿Y luego su catira que tiene en Bogotá?

-¿Yo?

-¡Ni nada!... catira, y con un lunar sobre el labio izquierdo, que le pega como trago en día de san Juan. ¿Has ido a Bogotá por acaso?

-¡Ni soñando!

-¿Ella ha venido?

-Con el pensamiento, quizás.

-¿Te han magnetizado?

-¿Pero quién? Cuando don Alcibíades trajo esa imprenta a la parroquia, yo no me dejé; con Marta no logró sino dormirla, y eso cuando no había nadie mirando. Puede ser que a misia Juanita, la de la Soledad, la hubiera magnetizado; yo no supe por fin. Buen cachaco que era don Alcibíades, mejorando lo presente; aunque ingrato, según dicen.

-Hay, pues, un misterio entre manos.

-Pues adivine.

-Me doy por vencido, Manuela.

-¿Se da por vencido y por corrido?

-Todo, todo, Manuela: lo que quiero es que me saques de la duda cuanto antes.

-¡Pues vea!, le dijo entonces la lavandera, señalándole un retrato en miniatura.

-¡Qué gracia!... En el bolsillo lo encontrarías, entre mi cartera.

-Y un escudito: tómelo... y vi una trencita de pelo catire, y una cintica y otras cositas.

-Un descuido del indio; pero ya me la pagará. Suponte, ¡echar la ropa sin registrar los bolsillos!... así es que si tú fueras otra...

Mientras que don Demóstenes acomodaba otra vez el retrato dentro de la cartera, se hundió Manuela de un brinco en el charco para salir en la otra orilla, botando un buche de agua, y golpeando las ondas cristalinas con sus manos preciosas.

-¿Y usted no se baña? dijo a su huésped; está el agua muy sabrosa. -Muchas gracias, Manuela: estoy sumamente agitado.

-¡Es mucha lástima!

-Pero allá mando mi repuesto, le dijo don Demóstenes, haciendo consumir en el charco al tremendo Ayacucho, sólo con botarle una piedra después de haber escupido en ella.

-Eso la hago yo también, dijo Manuela, con aire de burla... Eche el escudo y lo verá usted.

-¿Lo sacas?

-¿No le digo?... Pero coja su perro, no vaya y se eche al pozo.

¡Huy, tan lanetas!...

Don Demóstenes cogió el perro con su pañuelo de seda, y en el acto se consumió Manuela en las aguas, para volver al cabo de dos minutos, mostrando el escudo en su boca, como el cuervo, que en las amarillentas aguas del Funza clava la cabeza y se hunde para reaparecer río abajo, mostrando el pescado que acaba de prender; y, nadando hacia la orilla, se fue a entregárselo a su dueño, que tuvo a bien regalárselo por la gracia que en su presencia acababa de hacer.

Pero lo que don Demóstenes admiró más de su linda caserita, fue la prisa con que se vistió al lado de una piedra, pues cuando menos acordó, ya estaba atándose las enaguas; bien es que todo su vestido constaba de unas enaguas de cintura hechas de bogotana, y de otras azules de fula igualmente de cintura; de una camisa de percal fino, de un pañolón encarnado que ella se puso por debajo de su negro y rizado pelo, con los hombros a medio cubrir. Roció las piezas de ropa que dejaba enjabonadas, y cogiendo en la mano una gran totuma con el jabón y los peines, dijo a su huésped:

-¿Nos vamos?

-¿Juntos?, le respondió él, con más contento que admiración, por cierto.

-¿Yeso que le hace?... Sola, o acompañada nadie me ha comido hasta el presente.

-¿Y lo que dirán en la parroquia de verte ir de los montes con un cachaco?

-¿Allá en su Bogotá no van acompañadas las niñas que vuelven del río de lavar o de bañarse?

-No, Manuela, ellas no van al río, sino las peonas que llaman lavanderas.

-¿Y las señoras no van a bañarse?

-Se bañan en sus paseos de familia, sin que al tiempo de estar en el pozo o río, se acerque hombre ninguno; otras se bañan en sus

casas. Ni creas que una señorita salga sola sino hasta después de casada.

-¡Conque al revés de nosotras, que solteras tenemos la calle por nuestra, y el camino, y el monte, y los bailes, y cuanto hay; y después de casadas, nos ajustan la soga!

-¡Oh! ¡las costumbres que varían tanto, según lo estoy viendo!... ¡Cuándo en Bogotá caminábamos los dos así viniendo del río de San Agustín o del Arzobispo!

-Es decir que cuando yo vaya allá, ¿no saldremos juntos a la calle?

-Pues tal vez no, Manuela.

-¿Y sale usted con una señorita?

-Con una señorita y la familia, sí; pero con la señorita sola, no. Ahora con una parienta, con una señora casada, sí es admitido en nuestra sociedad. Pero en los Estados Unidos puede un galán llevar en un carruaje a una señorita sola. Yo me acuerdo de haber llevado una señorita al teatro, y haberla devuelto otra vez a su casa, con tanta confianza como si hubiera sido, mi hermana.

-De todo esto lo que sacamos en limpio, dijo Manuela, es que usted en Bogotá no andará conmigo, y tal vez ni aun hablará conmigo.

-La sociedad, Manuela, la sociedad nos impone sus duras leyes; el alto tono, que con una línea separa dos partidos distintos por sus códigos aristocráticos.

-Es decir que usted quiere estar bien con las gentes de alto tono, y con nosotras las de bajo tono; ¿y yo no puedo ni aún hablar con usted delante de la gente de tono?

-Ni sé qué te diga.

-Pues me alegro de saberlo, porque desde ahora, debemos tratarnos en la parroquia, como nos trataremos en Bogotá; y usted no debe tratarnos a las muchachas aquí, para no tener vergüenza en Bogotá, porque como dice el dicho, cada oveja con su pareja.

-Eso sería intolerancia, Manuela.

-Yo no sé de intolerancias: lo que creo es que la plata es la que hace que ustedes puedan rozarse con todas nosotras cuando nos

necesitan, y que nosotras las pobres sólo cuando ustedes nos lo permitan, y se les dé la gana.

El camino por donde tenían que andar Manuela y su compañero, era estrecho, ya por las piedras, ya por algunos troncos de palos gruesos. Don Demóstenes con toda la galantería del alto tono, instaba a su casera que siguiera adelante.

-Ni lo piense, le decía ella, manteniéndose parada con la mano en la cintura.

-Es el uso, Manuela: para entrar al comedor, o las salas, para pasar un estrecho que no da cabida más que para uno solo, la señora ha de ir adelante. Y al caballero, lo mismo, hay que comprometerlo a que siga adelante en señal de atención. ¡Si vieras tú las disputas que se ocasionan! ¡Hay veces que la comida se enfría, mientras que en la puerta se pelea por no entrar primero!

-Pues aquí es al revés, a lo menos en esto de ir adelante en las angosturas y en todos los caminos de montaña. El hombre va adelante, y con su palo o su cuchillo, aparta la rama, o la culebra venenosa; y en los puentecitos se asegura si están firmes o no están; la mujer va detrás escotera o con su maleta, con el muchacho cargado entre una mochila. Ni tampoco les consentimos el que vayan detrás, porque casi siempre hay rocío o barriales, y según el uso de las trapicheras, vamos alzando la ropa con una mano adelante por no ensuciarla; o tal vez porque el uso nos agrada, porque según me han contado hay pueblos en que ninguna se alza la ropa aunque se embarre hasta el tobillo, y si mal no me acuerdo, Ambalema es uno de ellos.

-¿Conque no sigues adelante?

-¿No le digo que no?

Tal vez no era un punto de política lo que hacía porfiar a don Demóstenes por ir detrás, sino por ver caminar a Manuela, que tenía gentileza en su andar, belleza en su cintura y formas, que a favor de su escasa ropa se dejaban percibir como eran, como Dios las había hecho.

Pasaban por debajo de un elevadísimo cámbulo, que, en cierto mes del verano, cambia de la noche al día su color verde por colorado de

fuego, sustituyéndose los ramos de hojas por ramos tupidísimos de flores, no quedando más puntos verdes que las brillantes tominejas, que como esmeraldas flotantes revolotean en el afán de extraer con su fino pico la miel de cada una de dichas flores. En un gajo reposaba un pájaro, mayor que una paloma, blanco por debajo, y con las puntas de las alas pardas, de una cabeza enorme y de pico corvo y pequeño.

Iba a tirarle don Demóstenes, pero Manuela le bajó el brazo, diciéndole con precipitación:

-¡Es pecado!

-¡Cómo!

-Porque se come las culebras. Vea más adelante el nido. ¿Pues sabe que cada vez que trae que comer a sus hijitos es una culebra? y en seguida se para en ese gajo y canta ese ¡cao! ¡cao! ¡cao! tan seguido que usted habrá oído.

-¡La naturaleza es tan sabia!... En efecto, se haría un mal a la sociedad matando ese bravo exterminador de los reptiles venenosos.

-¿No le digo que es pecado?

-¡Pero presentarme con las manos vacías es una vergüenza grande! La fortuna que nadie nos ve... ¡es un lugar tan corto la parroquia!

-¿No dicen que en los lugares cortos es donde se repara todo?

-También es cierto, Manuela, Bogotá es una montaña donde cada uno anda como quiere, y sin que nadie lo repare.

-Pero andando uno bien, ¿qué hay con que sus pagos sean vistos de todos?

-Dices bien, Manuela.

Así conversando, entró el cazador en la calle de la parroquia sin llevar ni un pajarito de los más comunes. Era día de trabajo, y no se veía más gente que un hombre de ruana colorada, parado en su puerta tajando una pluma, sin mirar a parte ninguna.

-¿Quién es ese literato?, preguntó don Demóstenes a su honrada lavandera.

-El viejo Tadeo, la cócora de todos nosotros.